

fiol es el conocido por el «Sacro Imperio», ni designar al Papa Benedicto XV, como «Benito XV», ni traducir Genève, por Génova. Tampoco cabe presentar la descendencia del emperador Carlos VI, como la de «Carlos IV». Una editorial como Mondadori no puede cometer estas deficiencias, pues cuenta con medios más que suficientes para evitarlo.

GONZALO MUÑIZ VEGA.

**Thomas Molnar: THE CHURCH: PILGRIM
OF CENTURIES (*)**

¿Se puede escribir algo original sobre el estado actual del Catolicismo y de la Iglesia? Por cierto que proliferan obras exhaustivas y agudas sobre el tema. Una de ellas, «Iota Unum: un estudio de las variantes en la Iglesia en el siglo XX» tiene esas características y encuadra la cuestión con una cita definitoria de Pablo VI extraída de su mensaje del 18 de febrero de 1976, al final de su pontificado: «*La Iglesia continuará su apertura y se compatibilizará con el mundo desfigurando su propia naturaleza. Pero su sustancia sobrenatural será preservada, limitada a un residuo mínimo que permitirá perseguir su fin sobrenatural en el mundo.*».

Aquí podría centrarse la clave del libro de Molnar: la Iglesia peregrina, acosada hoy por el mundo, aunque no de frente sino subrepticamente, a través de la modernidad, la revolución, el liberalismo. La embestida progresista no podría ser ignorada dados sus ribetes que llegan a ser violentos; sin embargo, hay algo más persistente, disfrazado, solapado y sutil que es el ablandamiento, la infiltración de lo secular, gradual y abiertamente, a través de la cultura de la época que todo lo penetra.

El embate constante de una cultura laica, cientificista, filantrópica, permisiva, demagógica, ha hecho mella finalmente en el catolicismo a fuerza de erosionar fieles, instituciones y hasta la jerarquía, sin que haya mediado una suficientemente enérgica advertencia del proceso por parte de la misma Roma. En ocasión de celebrarse el centenario de la encíclica *Rerum novarum*, tan ade-

(*) Reproducidos de la revista argentina *Gladius*, núm. 19, Buenos Aires, 1991, págs. 153-164, el extenso comentario que al libro de nuestro amigo y colaborador Thomas Molnar, ha dedicado nuestro también amigo y colaborador Patricio H. Randle. [William Erdmans Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, 1990, 182 págs.].

cuada a su momento histórico, uno no podría dejar de preguntarse cuál es la problemática que equivalentemente conmueve nuestro tiempo: ¿sigue siendo lo socio-económico o más bien se ha producido un deslizamiento hacia lo cultural?

Por el contrario, como afirma Molnar, «a los católicos se les habla como si prácticamente no pertenecieran a la Iglesia, como si fueran independientes de ella y no estuvieran encuadrados dentro del marco de su institución y magisterio». En efecto, ¿cuántas veces no se hacen salvedades con una deliberada estrategia apostólica para no ahuyentar a los no creyentes a costa de descuidar el propio redil? Es verdad que el consejo evangélico induce a buscar la oveja descarriada, la que es capaz de arrepentimiento, pero no propone hacerlo sistemáticamente a costa de dispersar la majada. ¿Sería Buen Pastor quien hiciera eso? ¿Arriesgaría perder el rumbo de su grey?

Introducción.

En ella el A. explica que se propone analizar la historia de la Iglesia Católica en la segunda mitad del siglo xx. Aunque oficialmente se ha pretendido que nada grave sucedió en torno al Concilio Vaticano II, es innegable que su aplicación concreta ha afectado la estabilidad de la Iglesia y si a pesar de todo ésta es objeto de reverencia es más a causa de sus pasadas glorias que a la aceptación de su carácter sagrado. Durante los últimos 25 años las *tensiones, pérdida de autoridad, concesiones, debilidades, desobediencia generalizada* han introducido elementos nuevos y distorsionantes.

Sin duda que la desacralización generalizada de nuestra civilización —anunciada un siglo antes por Max Weber y otros— ha gravitado considerablemente con la *consiguiente sacralización del hombre, sus derechos, sus ideologías, sus estilos de vida, sus opciones sexuales.*

Verdad es reconocer que los llamados «expertos» de la aplicación conciliar ya han gastado todos sus argumentos y no se animan a exigir más *aggiornamentos*. Los rebeldes extremos han quedado aislados exigiendo la supresión del celibato sacerdotal, la ordenación de mujeres, la libertad sexual, la *liquidación del patriarcalismo* y del *sexismo*, la posibilidad de elegir Papa a una mujer.

En estos 25 últimos años la Iglesia ha experimentado un cambio en su devenir peregrino. De una mentalidad primero alarmada y luego vacilante tanto como presta a hacer concesiones, ha pasa-

do a otra a la defensiva sintiéndose sitiada y sosteniendo posiciones que no puede abandonar. De allí que nuestro A. crea que no es irreal pronosticar un *proceso de lenta restauración* hacia una suerte de equilibrio.

No por eso se declara optimista habida cuenta de que no sabemos todavía si hemos llegado al punto más bajo de esta crisis. Sin embargo, sostiene que *la fe y la ortodoxia poseen una capacidad de reacción de que el radicalismo alimentado de utopías carece*.

Pero vayamos ahora al contenido concreto del libro.

CAPÍTULO I: *La visión desde la ventana abierta.* (Se refiere a la expresión de Juan XXIII de que había que abrir las ventanas para que entrara aire fresco en la Iglesia).

El punto de partida se fija hacia 1961, el año en que una encuesta realizada en los Estados Unidos sobre eficiencia comparada entre grandes organizaciones multinacionales dio como resultado que la única que podía competir (y en muchos aspectos superar) con General Electric era la Iglesia Católica Apostólica Romana. Fue el año antes del Concilio. Aunque 30 años no sea un lapso tan largo como para hacer un juicio definitivo sobre las consecuencias del *aggiornamento*, menos aún en relación a la larga historia de la Iglesia, la gran pregunta es: *¿el proceso de adaptación al mundo moderno es una nueva forma de apostolado... o es más bien la liquidación de la Iglesia preconiliar ... dirigida contra formas tradicionales de institucionalización y de autoridad?* En estos términos la formula Molnar.

Para ubicar mejor el tema el A. estima necesario replantearse la gran cuestión de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. No en vano la separación entre ambos, a la cual nos hemos ido acostumbrando insensiblemente, ha tenido consecuencias muy graves. Generalmente se ha considerado que dicha separación era positiva en cuanto liberó a la Iglesia de subordinarse al poder del Estado. Pero, al hacerlo, se olvida que el *locus* del poder no es necesariamente el Estado, ni siquiera los ricos, sino que hoy el verdadero poder reside en otro lugar: *en grupos de presión, partidos y sindicatos organizados democráticamente, concentración de intereses económicos, asociaciones inspiradas ideológicamente, los mass media, la cultura de los héroes del momento (del deporte a la farándula) con su masa de entusiastas fanáticos.*

Por todo ello sería ingenuo suponer que con la redistribución

democrática del poder político operada en el Occidente moderno han desaparecido las influencias sobre la Iglesia. Lo cierto es que, hoy día, existen *lobbies* mucho más poderosos, hay nuevos censores, nuevos tabúes, y al mismo tiempo nuevas categorías de los «sin voz», que son legión.

El Estado moderno, por otra parte, se ha convertido en una cuasi-Iglesia. En los Estados Unidos, escribe Molnar, *la primera nación en incluir la separación de la Iglesia y el Estado en su Constitución, se habla ya de 'humanismo secular' como un sistema de creencias prácticamente puesto en vigor por los gobiernos federal y estatales a través de canales tales como decisiones judiciales, reparticiones públicas, textos escolares, universidades y los medios de difusión.* Se trata de la «filosofía pública» para usar la expresión de Walter Lippmann, o de una «ortodoxia pública» impuesta semioficialmente, diríamos nosotros.

Todo esto confirma el ascenso extraordinario que ha registrado la sociedad civil en los últimos dos siglos como fruto del contrato social emanado de la filosofía política de Hobbes, Grocio, Locke y Rousseau al tiempo que el liberalismo proponía una definición de moralidad y de bien común diversa a la católica tradicional.

En suma, se ha producido una redistribución de roles en la relación triangular de Estado, Sociedad Civil e Iglesia. Ahora, después de consumada la separación de Iglesia y Estado, asistimos al próximo y lógico paso: la separación de la Iglesia y la Sociedad, al menos en lo que se refiere a las clases dirigentes.

Aunque ya el *Syllabus* anatematizó a quienes abogaban por hacer concesiones y compromisos con la ideología liberal que propiciaba esta separación, *de hecho, la Iglesia se ha ido acomodando a la situación social cultural que la modernidad liberal ha creado.*

Este proceso, largo y complejo, tiene muchas maneras de explicarlo. Durante el siglo XVIII la creciente y poderosa clase burguesa comenzó por escuchar a pensadores como Spinoza, Hobbes, Mandeville, Locke, Voltaire, Diderot y otros. Nuevos intereses, como operaciones financieras en vasta escala con las colonias; el auge de la Masonería, clubes y sociedades secretas, gravitaron en la formulación de programas políticos al tiempo que la fe y la doctrina religiosa se iba desentendiendo de estas aspiraciones.

Por otra parte, durante el siglo XIX se produjo la casi total deserción de la clase obrera de la Iglesia, asociándose a ésta con el capitalismo cruel. La emigración a las ciudades desarraigó a los fieles de sus parroquias y *su percepción moral cambió: el vi-*

cio se hizo parte de la vida urbana no castigado por Dios, ni por la comunidad.

La Iglesia no encajó ya más en la sociedad moderna. De allí que se pudiera llegar al colmo cuando en una de las visitas del Papa Juan Pablo II a los Estados Unidos *muchos obispos y laicos le explicaron que ese país y sus métodos democráticos resultaban incompatibles con el dictado eclesiástico de una verdad moral.*

Pese a todo esto no faltan quienes argumentan que la Iglesia debe adecuarse al mundo moderno para no perder al hombre moderno del modo que lo perdió en los siglos XVIII y XIX. Pero, como dice Molnar, *«la dificultad consiste en que el proceso de adaptación no puede detenerse en un punto dado ... el problema es el contenido y las dimensiones del ajuste, la preservación de las esencias doctrinales y morales y la vigilancia tradicional sobre ellas».*

Hay que decir que, en esencia, el tema no es totalmente inédito en la historia de la Iglesia, la cual ya pasó por otros períodos en que se lo planteó análogamente. Sin embargo, siempre se resolvió excluyendo aquello que estuviese en conflicto no sólo con la tradición, sino con el *consensus fidelium* caracterizado por San Vicente de Lerins en el siglo V como *lo que siempre se ha creído, en todo lugar y por todos*, y aplicando la fórmula agustiniana de *Roma locuta est; causa finita est.*

Otro factor que preservó a la Iglesia de un ajuste excesivo a la sociedad laica fue el compartir poder sobre ella con el Estado; algo impensable ahora, porque el Estado hoy tiene un poder difuso o porque las élites del poder están deliberadamente camufladas.

A quienes sostienen que la Iglesia en estos últimos tiempos no se supo adaptar a los vientos de la historia, siendo esa la causa de sus problemas actuales, hay que refrescarles la cuestión como lo hace Molnar recordándoles que *la sociedad liberal no es una mera fase pasajera en el constante cambio de las civilizaciones*, sino que se presenta a sí misma *como una suerte de terminus para la locomotora de la historia: el punto de llegada, un absoluto, más allá del cual no puede verse nada o sólo variantes del hoy.* Algo en común con la teoría de Fukuyama y que, sin adherir a ella, está implícito en muchas mentalidades contemporáneas. Según este nuevo orden internacional, que sería un orden definitivo, la reciente «democratización» de varios países es signo también de una estabilidad para siempre.

Respecto de la separación de la Iglesia y el Estado, muchos católicos alentaron la esperanza de que, una vez producida, el libe-

ralismo y la modernidad cesarían de ser hostiles a la primera. Sin embargo, es un hecho que las políticas liberales, so capa de pluralistas, propiciaron leyes opuestas a las enseñanzas de la Iglesia tales como la institución del divorcio, la despenalización del aborto, la inseminación artificial, la otorgación de un *status* social a los homosexuales o la permisividad respecto de la pornografía. Pese a todo ello, personajes relevantes del catolicismo como Jacques Maritain y el Padre Courtney Murray en los EE.UU., sostuvieron que la democracia liberal es el régimen más próximo a lo que puede producir una civilización cristiana dado el orden temporal de las cosas.

CAPÍTULO II: *Desconstrucción.*

La sociedad civil ha ido ganando predicamento entre la Iglesia y el Estado aprovechando la debilidad de aquélla. Este proceso tiene su origen en la baja Edad Media y alcanza una suerte de equilibrio en el Renacimiento aunque cada parte trató de acumular más poder para sí provocando así el nacimiento del Absolutismo, la Contrarreforma y el Capitalismo. Sin embargo, nada de esto significó la quiebra de la *christiana respublica*. Al fin y al cabo, el poder y su concentración e influencia están anclados en la naturaleza de las cosas.

La Iglesia, entre tanto, aunque no es una estructura democrática, muchas veces se comporta como tal. Ello crea una contradicción entre su carácter tradicionalmente sagrado y el estilo de la conducta de algunos de sus representantes que perturba a los fieles creyentes. La ambigüedad va más lejos. Se dice que el pueblo es soberano en las democracias: que se halla en su pináculo.

Pascal, en sus «Pensamientos» dice que el *status* de un Rey se manifiesta en el esfuerzo permanente que hace su entorno por proveer a su entretenimiento y diversión. Como se ve nada ha cambiado en tiempos de la República pues *el pueblo soberano* hoy vive rodeado de distracciones día y noche: por la publicidad, las noticias y los programas de televisión. Cada vez que se aboga por la democratización de la Iglesia parece que se solicitara su ingreso como miembro activo de la sociedad civil, al punto que algunos llegaron a decir que el único deseo de la Iglesia era el de *ser una institución libre dentro de una sociedad libre...* un verdadero programa liberal.

Sin embargo, al mismo tiempo que defiende a la sociedad civil liberal de hoy como una especie de estadio final, una meta alcan-

zada por la Humanidad, no puede dejar de criticar a esa misma sociedad liberal por su hedonismo y otros pecados. Entre tanto, la sociedad civil espera que *la Iglesia se haga democrática, mental y estructuralmente, pluralista en la aceptación de otras instituciones, grupos y movimientos como iguales, y ecuménica en la reformulación de su vocación; reservando un lugar importante para otros credos que comparten —en apariencia al menos— sus propias preocupaciones.*

En efecto, el «pueblo de Dios» de que habla el Vaticano II, algunos lo interpretan como si implicase a todo creyente, incluso los no-católicos o «cristianos anónimos», según Karl Rahner, lo que involucra a los mismos ateos.

En este panorama, la parroquia como unidad se declara cosa del pasado. Y la Iglesia se queda sin poder en medio de un mundo heterogéneo. El humanismo secular impuesto en lugar de la religión adquiere un *status* como si se tratase de un verdadero culto. Pero la Iglesia, a pesar de todo, no puede disfrazarse como si fuera internamente pluralista.

La sociedad civil pluralista, además, tiene su propia lógica: la del mínimo común denominador para englobar a la Iglesia. En los Estados Unidos refiere el Padre Francis Canavan, S. J., citado por Molnar: *acababamos con las iglesias oficiales de modo que todos los protestantes se sintiesen cómodos aquí. Desprotestantizamos el país para que los católicos también se sintieran como en casa. Luego descristianizamos el país para dar la bienvenida a los judíos y finalmente lo desreligionizamos para que ateos y agnósticos se sintiesen acogidos por igual. Ahora nos hallamos desmoralizando el país de modo que los transgresores de las normas morales aceptadas no se sientan excluidos. El mínimo común denominador es como el horizonte: siempre accesible pero jamás alcanzable.*

CAPÍTULO III: ¿Ganancias o pérdidas?

Los hechos confirman que la religión, al final, sufre los mismos males que afectan a la sociedad; es incapaz de desembarazarse de la decadencia social. Un síntoma de ello es la politización de los sacerdotes que intercalan sermones sobre la justicia social en medio de la misa o debaten el tema de los derechos humanos omitiendo, por lo mismo, toda referencia acerca de la vida en común con Dios.

Según Molnar, Roma contempla dos opciones: Opción A

—ajustarse a la democracia liberal y pluralista y Opción B— adecuarse al socialismo y la izquierda.

Opción A: acepta la marginación dado que la Iglesia no cuenta con sólidas asociaciones institucionales. La sociedad civil se ha construido precisamente en contra de su contenido doctrinal y su concepto de autoridad. De allí que la noción misma de obediencia resulte incomprensible.

Frente a un tema concreto dice Molnar: *La respuesta al clima de excitación sexual en que insiste nuestra civilización con avidez no es por cierto la educación sexual ni la manera segura de usar preservativos, sino el re-aprendizaje del ascetismo, vindicado moralmente si fuera posible en las actuales circunstancias.* Frente a ello la única fuente de juicios, voluntad y apetitos es, según el Padre Canavan, la teoría liberal de la autonomía individual. Conforme a ella una consecuencia lógica sería la reducción del sexo a la masturbación como sexo sano en un mundo aquejado por el SIDA.

En ese mismo mundo ha habido tres clases de intelectuales sosteniendo que el tiempo estaba maduro para que la Iglesia se adecuara a él:

1) Lammenais (en 1820-30), cuando aconsejaba al Papa aliarse con la clase obrera contra la monarquía ya derrotada por la Revolución.

2) Karl Rahner que propone hacer accesible a Dios a través de las categorías del subjetivismo; una teoría afín a la filosofía de Martin Heidegger y a Rudolf Bultmann.

3) La corriente más influyente antes del Concilio: la de Maritain, que acepta el bien común según lo define la sociedad democrática pensando *que un régimen democrático moderno puede ofrecer garantía suficiente para la práctica semi-pública —y ciertamente para la privada— de la religión cristiana.*

Pero la sociedad civil moderna es tal que simplemente se limita a tolerar a la Iglesia resistiéndose a integrar su visión intelectual con el menor vestigio de lo sobrenatural, que rechaza con repugnancia. Los valores de la nueva burguesía son por demás incoherentes. Por ejemplo, pretende participar en las modificaciones de la liturgia pero, en realidad, su mayor interés es que se levanten prohibiciones sexuales y morales en general.

En otro orden de cosas la nueva burguesía adhiere a: 1) el mundialismo (a lo que llega primero a través de la descolonización como si fuese un acto virtuoso), 2) la repulsa al culto de personalidades (sin distinguir entre Stalin y Pío XII) y 3) la democracia global sobre la cual alienta ilusiones. En ese contexto: *¿por qué nosotros —« el pueblo de Dios»— seguiríamos una moralidad*

autorizada justamente ahora que la era democrática ha descartado todos los tabúes?, se pregunta Molnar.

Algunos sectores del catolicismo, por su cuenta, han firmado un contrato invisible con la sociedad civil por el cual han impuesto restricciones a la misión esencial de la Iglesia tolerando que sus propios miembros —incluida la jerarquía— deserten de sus reglas y verdades. En este sentido es difícil decir en qué medida esto responde a la influencia ejercida por la sociedad civil y cuál es la consecuencia de la disminución de su autoridad.

Como quiera que sea, acierta Molnar cuando afirma: *Un paso más y la religión de la sociedad se convierte en un humanismo secular*. La idea de «convertir» a la sociedad civil ha sido abandonada hace tiempo como efecto primero del modernismo y luego de algunos cultores de la llamada «Iglesia Postconciliar».

Monseñor Ratzinger ha observado que para la sociedad civil, con su pluralismo *ad usum*, lo sacro y el respeto a Dios son considerados irrelevantes. Sin embargo, insiste —en la línea de Maritain— en buscar un lugar a la Iglesia dentro de la democracia moderna precisamente mientras aquella se niega a repudiar el dogma ateo que inspira el humanismo secular.

El resultado final de la Opción A ha sido, de acuerdo al A. comentado: *un acomodamiento exterior y un aflojamiento de la disciplina interna esperando que Belcebú se arrepienta y se convierta en interlocutor válido*.

Opción B: Los católicos de izquierda se preguntan de buena o male fe: ¿El socialismo no será una traducción secularista del amor, la caridad y la fraternidad cristianas? Ernesto Cardenal, sacerdote y ministro de Cultura de la Nicaragua Sandinista, sostuvo una vez que *no es posible evadirse de la influencia del marxismo así como no podemos comprometernos en la lucha revolucionaria sin aprovechar las conclusiones del socialismo científico*. Son dos matices convergentes de una misma óptica.

Responder a las necesidades sociales no podría ser una excusa para no reprimir los ataques contra la doctrina. Algo parecido hizo en el siglo XIII la Iglesia cuando, al mismo tiempo que daba respuesta a movimientos populares, fomentó las órdenes mendicantes mientras creaba la Inquisición; no la española sino la más temprana de Roma. ¿No podría hacer algo análogo hoy?

Cierto es que luchar contra las desviaciones doctrinales es hoy más difícil que en el siglo XIII, cuando la *ciudad* no era unánimemente rebelde y la sociedad civil estaba en su infancia. Hoy esta última es la fuerza dominante y la Iglesia carece de aliados institucionales, mientras los medios ofrecen una plataforma poderosa

a los disidentes, toda vez que se presten para excitar a la opinión pública; única condición para darles prensa.

Los católicos de izquierda creen que los pobres son principalmente los obreros mal pagados conforme al «evangelio» marxista. Para Jesús, los pobres eran los abandonados, aquellos que por alguna circunstancia quedaban marginados. Algo así como en los países desarrollados son los jubilados, los castigados con bajas pensiones y por la inflación, los solitarios, los enfermos crónicos, los silenciados y los perseguidos, los puestos a un lado y siempre humillados. No exclusivamente los proletarios que, eventualmente, pueden superar la miseria material.

Los católicos de la Opción B reclaman una categoría religiosa para el marxismo e inculcan una mala conciencia a los cristianos por una supuesta idolatría: la de tener fe en Dios pero no amar suficientemente al prójimo. Según Cardenal, lo que el marxismo entiende por ateísmo es básicamente la negación de ese ídolo.

La Opción B en sí misma no es un diálogo con los amos del Kremlin, ni una Ostpolitik generalizada, ni declaraciones sobre teología de la liberación. Es todo eso más la tendencia a un nuevo entorno cultural. Esto explica por qué el Concilio en más de tres años de duración no mencionó el Gulag, por qué los obispos norteamericanos no escucharon a la oposición de Nicaragua, por qué los obispos franceses multiplicaron su apoyo a una Francia multicultural con un islamismo afincado, por qué las universidades católicas toleran organizaciones homosexuales y publicaciones pornográficas en sus campus. Aquí se refiere el caso de Georgetown University, entre otros, donde se organizaron bailes homosexuales y a la Fordham —universidad jesuita— cuyas autoridades se negaron a tomar medidas contra un profesor que colaboraba en una revista pornográfica.

CAPÍTULO IV: ¿no hay mal que por bien no venga?

Según Molnar, el llamado «espíritu del Concilio» ha sido el producto de una transición del «contrato social» informal firmado con la sociedad civil liberal en un intento de contemporizar con el socialismo; o sea, un paso de la Opción A a la B. Y así prosigue: *La sociedad civil no es una sucesora histórica y orgánica del Estado sino su opuesto. Su interés no está enderezado hacia la consolidación moral de la comunidad; por el contrario, espera que una suerte de moralidad surgirá del resultado fortuito del éxito material de sus miembros individuales.* Este sería el origen de la

exaltación que se hace del esfuerzo individual como fuente de virtud y de la competitividad como ascesis.

Volviendo al tema clave de la separación de la Iglesia y el Estado que tan importantes consecuencias culturales ha tenido, Molnar opina que ha dejado a la primera en una posición inestable entre la Opción A, que día a día reduce su misión a la de una agencia social y la excluye de toda decisión moral, y la Opción B cuyos representantes hacen caso omiso de la mano que se les extiende.

La izquierda se presenta como más rica culturalmente —en tanto hacen la oposición y no alcanzan el poder— mientras la sociedad liberal semeja una cultura materialista atada al capitalismo. Entre estas dos opciones la Iglesia ha perdido la autoridad y la cohesión de antes. Piénsese que en los siglos XVIII y XIX, filósofos como Kant, Saint-Simon, Comte, Durkheim, advirtieron que la sociedad estaba perdiendo el principio de congruencia que había tenido en la Edad Media. Desde su visión desearon que de alguna manera no se perdiera del todo propiciando una suerte de cristianismo «más aceptable», sin dogma ni doctrina, racional y hasta científico. Comte mismo, llegó a hacerle una propuesta al General de los jesuitas en el mismo sentido; algo que hoy nadie soñaría con hacer teniendo a la vista la experiencia de los últimos cien años en que la Iglesia ya no les interesa, ni formalmente, a los filósofos, porque ha cedido el lugar que tenía en la sociedad.

No faltan, empero, quienes creen que la orientación de izquierda en la nueva era que ha comenzado ayudará a que la Iglesia sobreviva en las próximas centurias. Pero como socia, la Iglesia ya no posee las cartas del triunfo, ni es capaz de irradiar una filosofía pública vigorosa y unificadora, ni tropas que la propaguen y la protejan.

Los tiempos en que la Iglesia hizo ambas cosas han pasado. Como cuando aseguró el suave paso del poder de Roma al mundo bárbaro, como cuando dominicos y franciscanos renovaron la fe y sus formas, como cuando la Contrarreforma fue confiada a los jesuitas. Por todo lo cual concluye Molnar: *Hoy no hay tales fuerzas de renovación en el paisaje religioso*. Por cuanto, tal vez, hubiera sido más sensato no embarcarse en cambios, aperturas y *aggiornamentos*.

CAPÍTULO V: *La Iglesia destituida.*

Mientras otras religiones preservan un alto grado de inmovilidad, es de la esencia de la Cristiandad ser, en todo tiempo; un

activo participante en la historia y en los asuntos humanos: *es la única religión que no es adversa a zambullirse en la historia y consecuentemente no preocuparse por las grandes modificaciones que proponen a la mente humana la ciencia, la política y la filosofía, porque tiene bien presente que Dios existe fuera del Universo, independiente del espacio y del tiempo: un ser verdaderamente trascendente.*

Entre tanto, el desgaste de la modernidad es, sin embargo, evidente. Ya Berdiaev había escrito que *los liberales terminan en revolucionarios porque son incapaces de combatirlos con una moral diferente y superior*, y porque la sociedad, para los liberales, consiste nada más que en relaciones entre moléculas sociales; razón por la cual entre el liberal pálido y el apasionado revolucionario éste sale ganando.

Esta visión de la sociedad es la que ha hecho que la religión sea la primera en neutralizarse, en terminar aséptica y no prevalezca *ninguna filosofía pública que pueda ser formulada en una sociedad moderna y pluralista excepto la frágilmente basada en el crecimiento económico sostenido.*

El régimen comunista, que nació con la torva intención de suprimir religión y nacionalidad, también cayó en la trampa de la separación de la Iglesia y del Estado. En ese sentido, igual que el liberalismo, olvidaron que la Iglesia se halla en el nacimiento de las naciones y creyeron en la ilusión de que esas voces de la tradición pudieran extinguirse. Todo lo acontecido últimamente en Europa Oriental lo confirma.

Si en 1870 (Vaticano I) se registró la pérdida del poder territorial, en 1965 (Vaticano II) se perdió la gravitación política. La liquidación de la alianza con el Estado ha hecho que éste cayera en manos de la sociedad liberal y se cerrase un largo camino de la peregrinación temporal de la Iglesia. La gran pregunta es: ¿sobrevivirá la Iglesia? ¿Qué transformaciones experimentará? Al respecto, es imposible no recordar que la Iglesia siempre ha vivido en medio de crisis.

A esta altura es preciso volver a la cita de Pablo VI con que comenzamos y que continuaba diciendo: *A la falsa expansión de la Iglesia corresponderá que se disuelva en el mundo contrayéndose gradualmente y disminuyendo en número hasta formar una minoría aparentemente insignificante y moribunda; pero esta minoría contendrá una selección de los elegidos y dará firme testimonio de la fe.*

Si se reconoce la incapacidad de la Iglesia para unificar un mundo fragmentado, entonces, ¿para qué abrirse a ese mundo?

Concluye Molnar: ¿No habrá llegado la hora de *rebobinar* en vez de seguir avanzado así?

Durante el Concilio, la Iglesia pareció sentirse incómoda por no haber tomado la ancha ruta del progreso. De allí su enfatización en los problemas materiales y sociales, a veces en detrimento de los valores doctrinales. No pocos caducaron ante el discurso de moda, con la consiguiente adecuación a las *mores* liberales.

CAPÍTULO VI: *En la senda peregrina.*

Nuestro A. hace suya una cita de Christopher Dawson de 1981 que plantea esta disyuntiva: *seguir bajo el paraguas de la democracia liberal que lucha desesperadamente por mantener los más altos niveles de la vida económica —lo cual constituye la principal justificación de nuestra cultura secularizada— o volver a la tradición en la que Europa fue fundada y emprender la inmensa tarea de restaurar las culturas cristianas.*

Inmensa tarea, sobre todo porque todos los elementos para esa restauración brillan por su ausencia. El equilibrio del triángulo: «Estado-Sociedad-Iglesia» se ha roto. Crecimiento, industria, carecen de sentido religioso y la teología del capitalismo de Michael Novak, según Molnar, es una desviación simétrica a la teología de la liberación.

Contrariamente a lo que creen muchos católicos derrotistas, *vastos números de hombres creen en el Cristianismo, no a pesar de la doctrina, sino a causa de ella.* Para aquellos pusilánimes, la inserción de la Iglesia en la Sociedad debe basarse en la libertad religiosa, en el ecumenismo, en los derechos humanos. La caridad hace tiempo que la han borrado de este programa puramente social.

Ya la experiencia de los sacerdotes obreros en la década de los años 50 demostró que la impaciencia ante la lenta penetración de Dios en las masas trabajadoras los indujo a preferir al marxismo como un atajo más directo. Exigieron acciones rápidas y hasta se hicieron guerrilleros para imponer su «justicia» brutal. Bajo la pretensión de sacralizar el mundo entero terminaron por desacralizar la religión misma.

El camino que se abre ahora delante nuestro no es, ni nuevo, ni diverso, al de la Iglesia misionero de siempre. La separación de la Iglesia y el Estado fue una catástrofe histórica. El único «beneficio» radicaría en que hoy la Iglesia se desliga de responsabilidades como ha sucedido con frecuencia en la cuestión del aborto. Sin embargo, se va demasiado lejos en este sentido, como en los

Estados Unidos, donde sólo un puñado de obispos protestó airadamente contra su despenalización.

Es que el pluralismo religioso trae consigo el pluralismo moral. Puede que haya comunidades heteróclitas en las que el pluralismo sea inevitable, pero en comunidades que poseen una tradición homogénea, el pluralismo se convierte en sinónimo de derrotismo.

Hasta hace poco vivíamos anclados (ancla de salvación) a un cristianismo tal vez minoritario pero monolítico que propulsaba una actitud misional en constante expansión. Ahora la actitud pluralista mina la necesaria unidad doctrinal, litúrgica, moral que es previa a cualquier irradiación posible.

Según Molnar, Vaticano II intentó traer a Dios y al mundo tan cerca uno del otro que casi se fundiesen; razón por la cual recuerda que Chesterton una vez escribió que el amor requiere dos personas distintas: *si yo me fusiono con mi prójimo no puedo amarlo. El falsamente inspirado entusiasmo por Vaticano II —prosigue nuestro A.— ha llevado al error de creer que convertir miembros de otras religiones es una especie de acto neo-colonialista e imperialista que debe suspenderse o moderarse en el mundo post-conciliar supuestamente reconciliado.*

Cuando la Iglesia entre en otro milenio, la espiritualidad volverá a ser el arma vieja y probada, pues se enfrentará a nuevos competidores —no ideologías o regímenes políticos—, sino otras religiones o pseudoreligiones. Justamente cuando la lucha de clases se aquiete, los choques probablemente ocurrirán entre bloques raciales y religiosos con colisiones mundiales. Un poco lo que preve Malachi Martin en «The Keys of this Blood».

Mientras tanto, la única experiencia de la Iglesia contemporánea ha sido la de convivir con la sociedad liberal desacralizada de Occidente. Pero de esto no se dice ni palabra, no se enfrenta cabalmente; antes se hablará del catolicismo en la India o en Africa...

CAPÍTULO VII: *La redención de la cultura.*

Lo que se dice una verdadera cultura cristiana ya no existe. Las voces de T. S. Eliot o de Josef Pieper, por ejemplo, suenan como ecos nostálgicos. Como símbolo tangible de ello se vendieron objetos artísticos de iglesias y de catedrales que tenían inestimable valor intrínseco y litúrgico. El gusto dominante de la sociedad industrial penetró en la Iglesia y ha sido causa de iconoclastia, desprecio de la belleza, aberración doctrinal. Y así prevalece un antiestilo de inspiración anticatólica.

La pérdida del latín en la práctica y la no conservación del canto gregoriano, contrariamente a las expresas disposiciones del Concilio, contribuyeron a la abdicación de la belleza y la tradición al mismo tiempo.

El Catolicismo había alcanzado cumbres de belleza, esplendor, reverencia y misterio que en vez de ser renovadas fueron eliminadas con el objeto de atraer a los obreros, a los jóvenes, a los intelectuales. En el pasado, la religión dictaba habitualmente los cánones de la belleza arquitectónica. Ahora la sociedad civil dicta los cambios, un contraestilo, una contracultura. Mientras la Iglesia era una institución pública en alianza con el Estado, conservaba su carácter reverencial. Pero ahora la Iglesia ha permitido ser privatizada.

En esencia, la cultura es algo más que un conjunto de expresiones sensibles: una estatua griega o una sonata de Beethoven. Es un orden jerárquico de todas las manifestaciones de una época o de una sociedad dada: el principio organizador de ese conjunto. Pero nuestra sociedad civil no reconoce los intangibles porque, primero, sólo reconoce individuos, no conjuntos, y segundo, porque la libertad sólo se entiende como espontaneidad desinhibida.

La herencia cultural de Occidente ha consistido en una combinación armoniosa entre drama cristiano y medida clásica. ¿La Iglesia puede perder su función mediadora entre belleza y arte, entre una visión noble y la cultura? ¿No hay modelos que admirar e imitar, ni ideales que produzcan lo mejor, ni fuerza que contrapesen el tedio y la degradación? Según Molnar, *sólo la Iglesia está en condiciones de asumir la causa de crear una nueva cultura porque sólo ella en Occidente ha conservado vivo, entre dudas, tribulaciones y ruina cultural, el culto*. De esa manera ejercería una especie de imperialismo cultural entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, porque *la Iglesia posee recursos innumerables, posee la historia siempre nueva de la cristiandad y más allá de ella el sumun de la experiencia espiritual de la humanidad*; lo que los griegos llamaban *metanoia*.

Pero estamos habituados a creer que el curso de los acontecimientos está dictado por las grandes fuerzas históricas en las que el rol de lo individual y de lo intangible está minimizado. Por eso nos cuesta concebir el planteo de Molnar.

Estado e Iglesia, no obstante, construyeron el edificio político-moral de la sociedad. *La controversia moderna a este respecto es si la sociedad civil es capaz de asumir esa función original creadora de cultura del Estado y de la Iglesia y poder definir y preparar el terreno para que florezca una nueva cultura profana y desacraliza-*

da... una cultura humanista... una cultura secular; la primera en la historia.

De hecho, la sociedad civil no ha creado ninguna clase de cultura; sólo vive del pasado, construyendo un marco a veces y mutilando otras el prexistente. Usa la palabra cultura pero la prostituye cuando habla de cultura proletaria, cultura feminista, cultura joven, cultura liberada... fisicocultura.

Por mucho tiempo no es previsible que el Cristianismo vuelva a ser la cultura «oficial». El mundo está intentando experimentar con la creación de una cultura de mentalidad no-cristiana. Pero fracasará. Mientras tanto, seguiremos sufriendo a manos de la religión oficiosa de la sociedad civil: el humanismo secular.

Epílogo.

El argumento central de este libro es que la separación de la Iglesia y el Estado no libró, ni mucho menos, a la Iglesia de sus servidumbres; sólo las mudó —y agravó— bajo la égida de la sociedad civil.

La sociedad civil no sólo ha neutralizado y marginado la religión cristiana, sino que la reemplazó por una ideología inmoral y sin Dios que se ha convertido en el credo oficial de la mayoría de los estados de Occidente. El contrato civil es lo único «sacro» en la sociedad civil moderna. Sea «liberal» o «socialista», el mundo ahora se adora a sí mismo por haberse emancipado de la verdad moral eternamente vinculante. Pero, como se ha dicho antes, para los modeladores de la mente moderna la sociedad civil liberal es el acto final de la historia. Y a este respecto la Iglesia todavía no ha hecho una clara opción; algunos documentos conciliares resultan de tal modo ambiguos que algunos los han interpretado como si respaldasen la modernidad y el liberalismo, confundiendo el culto al mundo de hoy con el *aggiornamento*.

En esta agenda, lo notable es que los católicos sienten que se les habla como si fueran miembros independientes —prácticamente ajenos— al marco magisterial e institucional de la Iglesia.

Un ex marxista al cual esa categoría no habilita para dar un juicio certero en asuntos religiosos, acierta, sin embargo, cuando dice: *La secularización se concreta gradualmente bajo nuestros ojos pero no se presenta como negación de lo sacro, sino más bien como la abolición de todas las diferencias entre lo sagrado y lo profano.* La cita es de Leszek Kolakowski, el exiliado profesor polaco hoy en Oxford, y en esto tiene razón. La secularización no se abre ca-

mino enfrentando a la religión, sino aguándola previamente, a lo que muchos católicos *aggiornados* se siguen prestando voluntariamente.

La consecuencia de todo esto es que el Cristianismo no insiste en la cuestión del Mal y adopta la visión de Teilhard de Chardin según la cual el Mal es algo primitivo que la evolución de la materia misma iría espiritualizando hasta alcanzar la salvación universal.

El citado Kolakowski reduce lo religioso a lo cultural y prepara así un Cristianismo «razonable» al estilo de Erasmo, de Lessing o de Kant. Lo profano, reconocido como lo más imperfecto pero sincero, firma un pacto con lo espiritual. De tal acuerdo surgiría una nueva cultura. En esas circunstancias, ¿se puede afirmar que el liberalismo es la última *chance*, que la nuestra es la sociedad final, que hoy es el último día de la historia?

La secreta convicción que anima a los católicos transigentes de hoy, es que la Iglesia ha perdido la batalla contra la modernidad. Por eso no hay que hablar de una renovación sino de una nueva religión. Pero el objetivo central de la Iglesia es la preservación del sagrado depósito, el cual involucra una asociación temporal sin ceder por eso una iota en la doctrina.

Por todo lo cual es más razonable decir que la Iglesia está escribiendo sencillamente otro capítulo de su historia que afirmar, temerariamente, que esta es una revolución o que un nuevo cristianismo ha nacido. La Iglesia después de haber perdido los siglos XVIII y XIX no ha ganado el siglo XX.

El hombre occidental está exhausto y abatido; en su locura inconmensurable rechaza la mano en la cual cientos de millones posan sus preocupaciones, sus almas torturadas, sus vidas heridas y sus esperanzas. En esa mano yace la promesa del tercer milenio de la Iglesia.

Promesa a la cual no debe ser extraño el tercer mensaje de Fátima. Pero esto lo agrégo yo, por mi cuenta y riesgo y no debe atribuírsele a Molnar cuyo magnífico libro ha sido un placer glosar.

PATRICIO H. RANDLE.